

# Una invitación a la ciencia política\*

Por **María Teresa Uribe de H.**  
Julio de 2004

Ustedes se internan hoy en los espacios analíticos de la ciencia política, un territorio nuevo que todos creen conocer, que les atrae y les inquieta y que como todo lo nuevo, entraña al mismo tiempo esperanzas y miedos, riesgos, aventura y quizá también incertidumbres.

Mi propósito en el día de hoy no es, como pudiera pensarse, entregarles un mapa certero para internarse en ese fascinante mundo de la ciencia política, ni decirles cuál es la ruta que deben seguir para evitar trastornos y acceder más pronto a los secretos de la disciplina; eso, ya lo irán descubriendo por ustedes mismos, con el acompañamiento de los profesores y

mediante las certezas, las dudas y las preguntas que les suscite ese transcurrir por la academia. Tampoco me interesa, como es de usanza en este tipo de conferencias, ocuparme del estatuto epistemológico de la ciencia política, trazar los límites de su campo analítico o establecer su lugar entre las ciencias sociales y humanas y las fronteras que la separan o la unen, según se mire, con disciplinas afines como la filosofía, el derecho, la sociología, la antropología o la historia entre otras.

Prefiero hacer otra cosa, relatarles un mito o en palabras coloquiales contarles un cuento; mito o cuento que ha servido de andamiaje a toda la construcción teórica de la ciencia política, que ha orientado su quehacer desde hace siglos y

que de alguna manera constituye una puerta de entrada a la complejidad de las categorías que van a manejar y más especialmente al sentido de la acción de ustedes como profesionales de la disciplina en el mundo de hoy y más específicamente en la Colombia contemporánea.

El mito con el cual pretendo invitarlos a internarse por ese territorio nunca bien definido de la ciencia política, es el de la caverna, escrito por Platón en la Grecia clásica pues, a mi juicio, ese mito permite dar una primera respuesta a esa pregunta aparentemente trivial sobre los alcances, posibilidades y futuros —así en plural— de la disciplina en un momento de la historia cuando, al decir de algunos, el mundo se despolitizó abriéndole al mismo tiempo el espacio al mercado para que con su lógica trace los meridianos y los paralelos de los órdenes sociales contemporáneos.

Dice Platón que los hombres vivieron por mucho tiempo en un mundo de sombras, en una caverna protectora y complaciente que cual útero materno mantendría cierto clima de proximidad y de confianzas, mundo natural restringido por los meros afanes de la supervivencia biológica pero al mismo tiempo pobre, miserable y oscuro, donde los seres humanos permanecían encadenados, sentados en el suelo de la caverna y de espaldas a la única entrada por donde a veces se filtraba alguna luz e iluminándose con una pequeña hoguera situada al fondo, cuyos reflejos en las paredes proyectaba imágenes borrosas y engañosas que confundían realidad con apariencias y donde solo el eco les traía el sonido de las palabras en un murmullo sordo y repetitivo.

Allí, de espaldas a la realidad sin capacidad para distinguir, diferenciar, conocer e interpretar, permanecían los seres humanos sumisos y serenos pero

incapaces de reconocer su propia situación de enclaustramiento y ceguera, así como de interrogarse sobre sí mismos, sobre la condición humana y sobre las alternativas posibles para construir aquello que llama Bobbio «la óptima república», o en otras palabras el orden ideal de lo social, representado en un modelo ideal de Estado, de ley, de polis que marcara el camino de la caverna a la ciudad, de la oscuridad a la luz, de la supervivencia cuasibiológica a la acción voluntaria y con sentido, es decir, el tránsito de la vida natural a la vida civil y política, y a la cultura.

Finalmente, alguno o algunos deciden salir de la caverna, enfrentar la travesía por el desierto, arriesgarse en el universo de lo desconocido e impredecible, abandonando las certezas, las sombras familiares, los entornos conocidos que brindaban una apariencia de seguridad, los viejos hábitos y las orientaciones prácticas, para optar por esa lenta y difícil travesía en soledad, sin acompañamiento de otros, sin mapa, sin brújula u orientación alguna, con unos ojos que acostumbrados a la oscuridad, se deslumbraban con la intensidad de la luz solar y un cuerpo condenado a la inacción que se resistía a caminar, a subir a la cima de la montaña, a la ciudad de los dioses donde moraban las ideas y donde era posible, al menos, intuitivamente encontrar por fin el fundamento del bien o si se quiere la causa de todo lo justo, de todo lo bello y lo recto que hay en las cosas.

Desde las cimas de este nuevo saber iluminado, desde sus claridades y transparencias, aquel que había podido salir de la caverna, arrojando múltiples peligros y dificultades, podía acceder al conocimiento y comparar su suerte con la de aquellos que nunca se arriesgaron y que se mantuvieron en la prisión de las tinieblas, amarrados por las cadenas de una naturaleza agobiante que les negaba las bondades de la luz y del saber, situados por fuera

**Allí, de espaldas a la realidad sin capacidad para distinguir, diferenciar, conocer e interpretar, permanecían los seres humanos sumisos y serenos pero incapaces de reconocer su propia situación de enclaustramiento y ceguera, así como de interrogarse sobre sí mismos, sobre la condición humana y sobre las alternativas posibles para construir aquello que llama Bobbio «la óptima república»** 

***Finalmente, alguno o algunos deciden salir de la caverna, enfrentar la travesía por el desierto, arriesgarse en el universo de lo desconocido e impredecible, abandonando las certezas, las sombras familiares, los entornos conocidos que brindaban una apariencia de seguridad, los viejos hábitos y las orientaciones prácticas, para optar por esa lenta y difícil travesía en soledad, sin acompañamiento de otros*** ”

de los muros de la polis sin acceso al ágora, a la plaza pública donde debía brillar la luz disipadora de las sombras, liberadora de las cadenas, lugar donde se reunirían los hombres libres para configurar por fin la óptima república.

La primera parte del mito termina aquí, pero los que hace tiempo trasegamos por estos desiertos de la disciplina nos sentimos más atraídos por la segunda parte, o sea por el retorno de la ciudad de los dioses, por el regreso del mundo de las ideas a la vieja caverna, con el propósito, dice Platón, de hacer partícipes a quienes se quedaron sobre las bondades de las ideas, del conocimiento y del saber y de su necesidad para lograr por fin la utopía de la óptima república.

El viaje de retorno, según Platón, es tan azaroso y tan difícil como el de ida, pues para quienes se atrevieron a abandonar el mundo de las sombras, resulta insufrible abandonar ese lugar armónico, coherente y perfecto donde reinan las ideas, donde se convive con la verdad, donde se respira el aire de la sabiduría, donde ninguna sombra parece inquietar esa vida contemplativa tan grata para aquellos espíritus que se acostumbraron a la luz y a mirar el mundo desde las alturas para tener que enfrentarse de nuevo con las miserias y las mezquindades de la vida natural.

¿Qué significa regresar cuando los ojos han visto la luz? ¿Cómo acostumbrar la mirada a esos entornos claroscurios poblados de sombras furtivas y de palabras inaudibles? ¿Cómo recuperar las destrezas perdidas para orientarse en los laberintos sinuosos de la vieja caverna? En suma, ¿para qué volver al mundo de los hombres corrientes después de haber conocido la morada de los dioses? Existiría pues un aparente sinsentido en este viaje de retorno; además, los simples mortales posiblemente no querrían

escuchar sobre lo que existe más allá de la boca de la cueva y si lo escuchaban no lo creerían, viendo la torpeza de los retornados para habitar de nuevo el mundo que dejaron.

Es decir, el viaje de retorno solo entrañaría incompreensión, desdén y desesperanzas, pero dice Platón en su relato que a pesar de todo era necesario volver, arrostrar todos los peligros, las incompreensiones, los desvaríos e incluso el riesgo de perder la vida a manos de aquellos a quienes se intentaba despojar de sus cadenas. Sería más cómodo y placentero habitar en el mundo de las ideas, en la ciudad de los dioses, pero era imperativo volver para llevar la verdad a los otros o como dice Platón: “tenéis que ir bajando, uno tras otro a la vivienda de los demás y acostumbraros a ver en la oscuridad”<sup>1</sup>.

Este doble imperativo de Platón, el de volver a la vivienda de los demás y el de ver en la oscuridad, le otorga al mito un sentido de actualidad que bien vale la pena explorar en sus múltiples direcciones. Volver, pensaba Platón, significa contribuir a la creación del mundo de los hombres, hacerlos partícipes a todos ellos del conocimiento y el saber, difundir las ideas de justicia y de bien, tarea asignada por el autor a los más sabios y a los mejores y, en lo fundamental, fundar el Estado y crear el espacio de la política; es decir inventar la polis y convertir a los hombres comunes y corrientes en ciudadanos que rigen sus relaciones a través de la ley. Sin retorno, el conocimiento adquirido sería estéril, vacío, inútil, si con él no logran transformarse las condiciones oprobiosas de la caverna.

Así, la tarea de quienes retornan del mundo de las ideas es fundar la polis, la óptima república. Enfrentarse al aparente caos de la vida social y establecer un orden que permitiese la convivencia y la

justicia mediante la ley y la acción política, o sea a través de la participación de los hombres, convertidos en ciudadanos, en los destinos comunes y colectivos; en la polis, así pensada, reinaría la armonía entre los ciudadanos y se unificaría el Estado a través del instrumento de la ley; como los hombres no son dioses ni se podía esperar de ellos que actuaran como tales —primer aprendizaje de quien regresa del mundo de las ideas— se hace absolutamente necesaria la ley; es mediante ese instrumento como se definen los entornos del orden de la sociedad, se establecen las condiciones de la ciudadanía, se determina el acceso a la polis, es decir, a la política y se prescriben los mandatos para los gobernantes.

Por estas razones, el mito de la caverna es un mito fundador de la política, serían la política y la ley las que redimirían a los seres humanos del desorden y de las contingencias de la vida social, de allí la preocupación de los filósofos políticos por estos temas desde la Grecia clásica hasta hoy; a su vez, la óptima república continúa guiando los debates y aportaciones de la disciplina, algunos para criticar los enfoques idealistas y proponer otros puntos de partida y nuevos temas de análisis, otros para dudar de la bondad de la ley, de las posibilidades de acceder al reino de la armonía o para desarrollar nociones insinuadas en el mito y las más, porque continúan buscando el horizonte utópico de la paz perpetua, sin renunciar a la búsqueda del buen orden, la vida buena, la justicia y el bien que los filósofos políticos les prometieron a los seres humanos desde los albores de la civilización occidental.

La salida de la caverna y el retorno a la polis ilustran el periplo y los avatares de un saber muy viejo y de una ciencia muy nueva, establecen también el sentido y el quehacer de aquellos que se acogen a este campo de análisis, llaman la atención sobre el peligro de quedarse fascinados por el mundo coherente y puro de las ideas, o de dejarse atrapar por las inconsistencias del mundo de los mortales; es en resumen un llamado al conocimiento y un retorno a la acción política con todo y lo azaroso que eso pueda llegar a ser.

Pero además de fundar el orden de la política, la forma del Estado, el sentido de la ley y el de la ciudadanía, el mito logra también establecer distinciones, espacios y clasificaciones, traza líneas de separación y ámbitos distintos para las diversas actividades del quehacer humano, separando, por primera vez en la historia, el mundo privado e íntimo,

llamado también oikos, del espacio público o polis que es precisamente el que atañe a las relaciones políticas entre los sujetos de la acción.

La nueva polis, aquella fundada por la acción de los hombres en sociedad y regida por la ley, es algo más que una ciudad formada por una aglomeración de viviendas y de seres que se encuentran en el mercado para vender y comprar, la polis es un espacio habitado con un centro real y simbólico desde el cual se dirige la vida colectiva de los ciudadanos. Existe un espacio periférico, para vivir, crecer, reproducirse e intercambiar productos y servicios; este es el espacio de lo privado, y un ámbito para la acción política separado del primero, opuesto a él y que se desarrolla en el centro, en el ágora o plaza pública donde se reúnen los ciudadanos para deliberar sobre los asuntos que les son comunes y que les atañen a todos.

El oikos, o el espacio de lo privado, se corresponde con lo que ocurre en la viviendas, en los talleres de la economía doméstica y en el mercado; este espacio regido por las demandas de la naturaleza, por las necesidades sociales, es desigual y jerárquico, es un universo cerrado sobre sí mismo, oscuro y opaco, al cual no pueden acceder las miradas de los demás.

A la vida privada se opone la vida pública, la vida civil, el ágora abierta y transparente, donde las cosas que ocurren pueden ser vistas y oídas por todos, lugar donde se desenvuelve la política, donde se discuten las leyes y las acciones de los gobiernos, donde se delibera y se decide y donde suceden, a juicio de los griegos, las cosas importantes, aquellas dignas de ser conocidas y expuestas al escrutinio de los ciudadanos; el mundo público es pues el de la libertad, y la disposición de la plaza pública no consagra un lugar superior a los demás, cualquier punto de la plaza es igualmente importante, todos los sujetos están a la misma altura y desde cualquier lugar se pueden oír o pronunciar palabras sin distinción alguna de jerarquía o superioridad. El ágora está hecha para llenarse de palabras y para expresar ideas y pensamientos, por eso ágora y logos parecen constituir una misma unidad.

Esta primera distinción entre lo público y lo privado es la que traza los primeros rasgos del orden político, su ámbito de despliegue, su sentido, sus propósitos diferenciados y los asuntos de los cuales debería ocuparse el saber sobre la política. Mas el parteaguas de ambos mundos opuestos es pre-

cisamente la ley. Según Hannah Arendt, en la antigüedad griega la ley no era una serie de asuntos permitidos y prohibidos tal como la conocemos hoy, era algo así como una valla, una muralla, una línea divisoria, una frontera entre los que estaban adentro y los que estaban afuera, y estar dentro de la ley era estar en la polis, dentro del orden construido, pertenecer a su espíritu y actuar en consecuencia como ciudadanos<sup>72</sup>.

Los desarrollos posteriores de la filosofía y de la ciencia política han formulado nuevas propuestas de distinción, han enfatizado en la necesidad de ampliar el ágora, de darles entrada a los excluidos, de universalizar derechos y libertades, o de reconocer diferencias, han indagado sobre los fundamentos de la legitimidad de los gobernantes y sobre las razones éticas y políticas de la obligación de obe-

decérselos, han dudado de la bondad de la ley, de la intrascendencia del mundo privado y han propuesto modelos alternativos de orden político, donde el conflicto y la guerra pudiesen tener también su espacio para la reflexión.

En fin, se ha caminado mucho en los contenidos de la ciencia política, en la definición sobre sus alcances y posibilidades, en sus retóricas, en sus temáticas y sus formas de medición y análisis, pero lo que pretendo rescatar acá es que el mito de la caverna de alguna manera es una invitación a la ciencia de la política, pues traza un primer esquema de conocimiento y le otorga un sentido práctico y referido a la realidad, al quehacer de quienes incursionan por estos terrenos.

Más que el mito de la caverna, este texto debería llamarse el mito del viaje, el imperativo de ir por las

La maestra María Teresa Uribe de Hincapié en su sitio de trabajo, con el profesor Víctor Álvarez

Foto: Luis Javier Londoño Balbín



**El viaje de retorno, según Platón, es tan azaroso y tan difícil como el de ida, pues para quienes se atrevieron a abandonar el mundo de las sombras, resulta insufrible abandonar ese lugar armónico, coherente y perfecto donde reinan las ideas, donde se convive con la verdad, donde se respira el aire de la sabiduría, donde ninguna sombra parece inquietar esa vida contemplativa tan grata para aquellos espíritus que se acostumbraron a la luz y a mirar el mundo desde las alturas para tener que enfrentarse de nuevo con las miserias y las mezquindades de la vida natural.** ”

ideas y traerlas para transformar el magma y el caos de la vida social en un orden predecible, que garantice regularidades, permanencias, estabildades, minimizando las contingencias y señalando derroteros a seguir para conquistar la óptima república o, si se quiere, el buen orden soportado en la justicia, la verdad y la sabiduría. Este sería el sentido general del mito, pero como todo mito es susceptible de adaptarse y readaptarse, de transformarse y contarse de maneras distintas de acuerdo con los propósitos de quien narra la historia; como los mitos no son propiedad de nadie y son eternos e intemporales, yo me siento tentada a continuar el mito y a encontrarle una faceta distinta a esta historia que quizá nos permita completar esta invitación que hoy les hago al mundo maravilloso de la ciencia política.

Existe en el texto de Platón un mandato para quienes retornan de la ciudad de los dioses con el propósito de fundar la polis de los hombres corrientes. Se les exige, como decíamos, saber y conocimiento, atravesar el desierto, llegar al mundo donde viven las ideas, las teorías, los conceptos abstractos, las metodologías científicas y todo ese saber acumulado por una ciencia que si bien es reciente tiene un pasado filosófico de gran trascendencia; se les demanda que vuelvan al mundo de los sujetos corrientes para ocuparse de la invención del orden político y de la creación de un espacio diferenciado y único para el despliegue del ser y el quehacer de la política, documentando de esta manera el tránsito de la periferia al centro, de la vida natural a la vida civil o cívica, del aislamiento y la inacción a la acción colectiva, reflexiva y dialógica o, en otras palabras; a la fundación de la polis; esto querría decir, en palabras de José Manuel Bermudo, la urgencia de lo pragmático, de vérselas con la realidad para transformarla, ade-

más de una intención pedagógica de difundir y hacer aceptar el nuevo orden enraizado en la ley.<sup>3</sup>

No obstante hay una frase en el relato platónico, en el mito de la caverna que me sigue pareciendo inquietante y que es precisamente la que me permitiría continuar la historia, prolongar el mito y encontrarle nuevas aristas a esa narración inagotable que ha fascinado desde siempre a la humanidad y es la siguiente: cuando Platón les dice a quienes han conocido el mundo de las ideas que deben retornar al melancólico mundo de las cuevas, añade un imperativo más, les demanda que deben “ver en la oscuridad”; y uno pudiera preguntarse por qué sería necesario hacerlo si allí no habría nada digno de ser conocido, si lo que ocurre por esos entornos es equívoco, miserable y triste, si las ideas serían precisamente las herramientas destinadas a derrotar las tinieblas y sacar a los seres humanos del encierro, de la ignorancia y aislamiento, si la caverna está destinada a desaparecer cuando se configure la polis, ¿qué es lo que habría que ver allí?

¿Qué querría decir el autor con eso de “ver en la oscuridad”? A mi juicio, acá hay una llamada para ocuparse también de ese magma aparentemente indeterminado, azaroso y contingente; de ese universo de quienes viven por fuera de la polis sin ley y por tanto en el desorden y en el caos de la vida social, y preocuparse por ver en la oscuridad significaría que dicha condición también puede ser objeto de conocimiento y reconocimiento, que es preciso indagar sobre el sentido del desorden, sobre las razones del caos, sobre sus lógicas y sus gramáticas; sobre lo que realmente ocurre y cómo transcurre la vida de aquellos que por diversas circunstancias estarían por fuera del orden creado por la ley o en

la periferia de la polis, y preguntarse si así como el orden tiene reglas, las tiene también el desorden que solo sería tal si se lo compara con el primero pero que puede tener regularidades, permanencias, repeticiones y algunas certezas, sin cuyo conocimiento cualquier orden pensado desde lo alto, desde las cumbres del saber y del conocimiento, y por tanto luminoso y coherente, estaría condenado a fracasar, porque sus constructores nunca lograron “ver en la oscuridad”.

¿Qué significan esas sombras reflejadas en las paredes de la cueva? ¿Es que las apariencias, las ideologías, las representaciones y los imaginarios son solo engaños, fantasías, falsas aproximaciones a la verdad o es que ellas también son verdad y hacen parte de dicha realidad y para bien o para mal guían las acciones de los ciudadanos y de los gobiernos? ¿Qué significan esos murmullos que como ecos lejanos se oyen en las cavernas? ¿Son tan despreciables que no vale la pena ocuparse de ellos? ¿Son meras palabras sin sentido, desarticuladas y carentes de estructura lingüística, incoherentes e insulsas o es que mediante ellas se está contando otra historia, se están transmitiendo experiencias distintas, saberes ocultos y despreciados porque carecen de cientificidad y de reglas argumentales pero indispensables para entender e interpretar el mundo de los mortales?

¿Por qué las resistencias de muchos sujetos a incorporarse al orden definido por las estructuras legales y normativas? ¿Por qué la desobediencia, la delincuencia o la guerra? Platón pensaba que por ignorancia y por carecer de ojos acostumbrados a la luz, pero el imperativo de ver en la oscuridad puede estar significando que allí existen otras razones, que no se ven a simple vista y que es preciso encontrar para aproximarse a ese mundo de la condición humana tan distinto a la ciudad de los dioses y constatar que pueden existir distintas verdades, diferentes formas de concebir la vida buena, otras morales, éticas, estéticas y culturas y que los sujetos sociales, con más frecuencia de lo aceptado, configuran demandas sociales que desbordan la construcción normativa del buen orden, de la óptima república y llevan a cabo prácticas sociales que no se desarrollan propiamente en el ágora pero que tienen un claro sentido político, una relevante intención ciudadana y sobre todo propósitos evidentes de acción colectiva.

Me parece, o creo ver en la narración platónica

que ese imperativo de ver en la oscuridad es un llamado a la investigación, a vérselas con las realidades de mundos imperfectos, con las complejidades, con las contingencias, con los hechos y las palabras de los seres comunes y corrientes: este imperativo y el sentido general del mito nos estaría diciendo que si bien las ideas, las teorías, las nociones y conceptos son condiciones absolutamente necesarias para acceder al campo de la ciencia política, se quedan cortas y no serían suficientes si no se retorna al mundo de los simples mortales con la intención de “ver en la oscuridad”. Nos estaría diciendo, además, que es necesario perder el miedo al desorden, a las masas soliviantadas, a los bárbaros y los ignorantes, a la chusma, a las multitudes y a esa plebe tan despreciada que estaría simbolizando el riesgo permanente del retorno al caos, pues ver en la oscuridad no es otra cosa que interpretar lo que existe por fuera del dominio de lo conocido y luminoso y vérselas cara a cara con lo que realmente ocurre en la vida social.

Entre otras cosas, esta sería una bella definición para la investigación, investigar es intentar ver en la oscuridad, poner los ojos en asuntos desconocidos o vistos desde otra perspectiva, descubrir lo que estaba oculto, aquello que parecía irrelevante y nombrar el mundo con palabras nuevas para lograr que otros las conozcan y actúen en consecuencia, es decir, sin investigación, los estudiosos de los temas de la política solo habrían hecho la mitad del viaje del conocimiento.

Esta orden de “ver en la oscuridad” es aún más imperativa para quienes nos ocupamos de estos asuntos de la política en América Latina y en el tercer mundo en general, pues con frecuencia nuestras historias y realidades se alejan agresivamente de los paradigmas, no somos lo que deberíamos ser, la óptima república no impera entre nosotros, el ágora pública con frecuencia es privatizada por los intereses del mercado nacional e internacional, los representados no se ven reflejados en las acciones de los representantes, los gobiernos no están regidos por los más sabios y los mejores y los ciudadanos virtuosos e ilustrados brillan por su ausencia.

Esto querría decir que algunos analistas de la política en nuestro medio aprendieron muy bien sus lecciones en el mundo de las ideas, en la morada de los dioses, pero al comparar esos modelos perfectos y armónicos con lo que ocurre en estos universos de los simples mortales, el resultado no puede ser otro

que la desesperanza, el ensayo fallido, el fracaso reiterado y la percepción de que la política es deficitaria, el Estado incompleto y la ciudadanía un simple remedo de lo que debería ser. En otras palabras, se estaría repitiendo ad infinitum esa sensación que ya describía Platón en el mito cuando nos narraba la resistencia de los sabios para volver y su sentido de superioridad al comparar su suerte con la de aquellos que no habían abandonado la caverna.

Mas el imperativo de “ver en la oscuridad” estaría señalando precisamente que el exceso de luz, la prevalencia de modelos, el prurito de enfatizar en lo que nos falta para llegar a ser, está escatimando la posibilidad de ver la política tal como es y descubrir allí cómo es el Estado que se logró configurar en estos países, cómo funciona realmente, qué leyes lo rigen y hasta qué punto ellas definen el orden o contribuyen al desorden: cómo se adecúa o se distancia la política de la sociedades que la soportan; qué incidencia tienen las culturas y las historias en la configuración de las dimensiones políticas, qué estrategias de ciudadanía se están configurando en la lucha diaria por los viejos y los nuevos derechos, cómo se forman y se transforman las leyes y cómo se relaciona todo esto con las violencias y las guerras endémicas que cruzan estos territorios; en otras palabras, cuáles son los órdenes sociales que perviven y compiten entre sí por el dominio de las sociedades en estas latitudes.

Para ver en la oscuridad se requiere de un mínimo de sensibilidad política, pero también entender que solo la crítica, el debate, la duda sobre los propios conocimientos y los ajenos puede contribuir a develar el ser de las sociedades, porque éstas se forman y se transforman precisamente en la confrontación, la colisión y el choque de prácticas e

ideas, y porque desde que Platón escribió su mito, el mundo está en discusión y pese a su afán y el de muchos por encontrar la verdad, el bien y las rectas acciones, existen posturas distintas que con buenas razones argumentan lo contrario.

Ésta es, para algunos, la gran debilidad de las ciencias sociales en general y de la ciencia política en particular, su falta de precisión y de certezas sobre la verdad, el bien colectivo y la justicia que el Estado y la ley deberían garantizar, pero a mi juicio allí radica precisamente su gran virtud y las inmensas posibilidades de estas llamadas ciencias blandas, bajo la condición de abordar los asuntos que le atañen a esta disciplina desde un espíritu crítico, analítico, abierto, secularizado y polémico; solo del debate y la crítica puede surgir un conocimiento más enriquecido, un saber más aproximado, pero siempre inacabado en torno a las grandes temáticas, a los métodos, a las teorías y a los paradigmas que la conforman.

El mundo está en discusión en todas partes; hoy más que antes se habla de la crisis de la política, del fracaso de los grandes relatos, de la muerte de las ideologías y de la lenta erosión de lo público, invadido y colonizado por lo privado e incluso por lo doméstico, es decir por ese universo oscuro y retraído de la mirada de los demás; sin embargo cabría la pregunta sobre si lo que está en crisis es la política o lo que sabemos sobre ella, si lo que ocurre es que estamos tratando de interpretar lo nuevo con los viejos modelos que quizá fueron útiles en ciertos momentos históricos, pero ahora desbordados por los cambios multilaterales y rápidos ocurridos en los últimos años. Y si fue que nos olvidamos de ese imperativo fundacional de ver en la oscuridad.

Es muy probable que no tengamos los ojos acostumbrados a ver en la oscuridad de aquello que aún

***Así, la tarea de quienes retornan del mundo de las ideas es fundar la polis, la óptima república. Enfrentarse al aparente caos de la vida social y establecer un orden que permitiese la convivencia y la justicia mediante la ley y la acción política, o sea a través de la participación de los hombres, convertidos en ciudadanos, en los destinos comunes y colectivos*** ”

**A la vida privada se opone la vida pública, la vida civil, el ágora abierta y transparente, donde las cosas que ocurren pueden ser vistas y oídas por todos, lugar donde se desenvuelve la política, donde se discuten las leyes y las acciones de los gobiernos, donde se delibera y se decide y donde suceden, a juicio de los griegos, las cosas importantes, aquellas dignas de ser conocidas y expuestas al escrutinio de los ciudadanos** //

no ha terminado de nacer, que no sepamos aproximarnos a otras maneras de hacer y representar la política, de pensar el Estado, de discurrir sobre sus límites y sus alcances, de entender el sentido de los nuevos poderes, la naturaleza de conflictos inéditos, las prácticas de actores tradicionalmente ausentes de los espacios públicos y que irrumpen para reivindicar derechos específicos que en la práctica desafían la generalidad y la universalidad de estos derechos; discutimos si están emergiendo nuevas ciudadanía y declinando viejas soberanías sobre las cuales se soportaba hasta hace muy poco el edificio del Estado-nación. Y si se transformaron las fronteras, los límites, los espacios y los territorios que enmarcaban tradicionalmente el viejo edificio de la ciencia política, y esta disciplina se ve abocada a nuevas travesías por el desierto para reconstruir maneras de entender el mundo y transformarlo.

Por estas razones, podríamos afirmar que la ciencia política es una disciplina con un gran acervo de conocimientos que no se han acumulado como quien junta trastos viejos en un desván, sino que se han elaborado y desechado mediante la crítica y de acuerdo con las nuevas situaciones y cambios que exigieron maneras distintas de aproximarse a los temas, o la exploración de asuntos novedosos e inéditos, o la adopción de otros criterios metodológicos y analíticos y que permitieron el surgimiento y declive de paradigmas y teorías.

El pensamiento, lo mismo que las sociedades y las acciones políticas, no progresan linealmente hacia posiciones mejores; por el contrario, avanzan retomando del pasado, desechándolo a veces, negándolo o reivindicándolo otras, ignorando con-

quistas significativas o reorientándolas en una dirección distinta o en varias al mismo tiempo, que no pueden ser juzgadas como superación o retroceso.

Esto quiere decir que la disciplina tiene una historia muy larga y muy rica, pero dicha historia no es acumulativa ni sobre ella puede decirse necesariamente que lo nuevo supera lo viejo, pues todavía es posible encontrar en los clásicos claves de lectura para asuntos de palpitante actualidad que vuelven a tener significación pese al paso del tiempo; o rastrear la historia de viejas categorías que parecieron desaparecer del escenario público y que vuelven a convertirse en piedras angulares de los discursos más novedosos. Por eso cuando nos referimos a ese imperativo del mito de la caverna de ver en la oscuridad no nos referimos solamente al conocimiento sobre aquellos que habitan fuera de la polis o a lo que no ha terminado de nacer; nos referimos también a las destrezas para adquirir la capacidad de discernimiento, para hacer nuevas lecturas de los viejos textos, para interrogar y hacerles preguntas a los contemporáneos, para indagar sobre la pertinencia de asuntos que parecían no tenerla y a la necesidad de apoyarse en otros saberes distintos que permitan otros ángulos de mirada, quizá más reveladores que las del propio saber.

Lo que quiero decir es que ver en la oscuridad no significa únicamente orientarse en el mundo de las sombras para entender su orden e interpretar sus dinámicas y sus gramáticas o, en otras palabras, lo que realmente acontece en el mundo de los hombres mortales, que no es deficitario, limitado o miserable, sino distinto a aquello intuido por los sabios que miran desde las alturas el acontecer de



los países pobres y que pregonan el deber ser de la política y el Estado sin inquietarse lo más mínimo por lo que acontece y cómo deviene la acción política en estas latitudes.

Quiere decir también que se requiere un esfuerzo adicional para ver la política más allá del quehacer instrumental, referido a la gestión y la administración del mundo público y entenderla como conciencia de la historicidad, como el proceso de construcción de proyectos en el contexto de contradicciones sociales específicas, como la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales, y proyectos, cuyo contenido es la lucha por dar una dirección a la realidad existente en el marco de varias opciones viables; lo que quiere decir que si bien el propósito último de la política es el de garantizar mínimos

niveles de coexistencia pacífica y de convivencia social, el imperativo de ver en la oscuridad estaría demandando la exigencia de mirar el aparente reverso de la medalla, es decir, el conflicto, la violencia, la guerra, el caos y el desorden, que vistos desde una perspectiva histórica, pueden ser esa confrontación sangrienta por cambiar la realidad existente o darle orientaciones distintas al orden imaginado.

De allí que tan importante como conocer las regularidades, las permanencias, las repeticiones y lo que está reglamentado por normas vinculantes, sea el aproximarse a lo inesperado, a lo contingente, a lo aparentemente irracional, a los cambios abruptos que trastocan el orden y cambian viejos y aparentemente seguros referentes para el análisis, lo que significaría la necesidad de inventar o crear nuevas categorías,



otros métodos, distintos procesos de aproximación a esas realidades esquivas a dejarse mirar con los esquemas ya conocidos; en otras palabras, interrogarse por la potencialidad de lo real antes que quedarse atrapados en las estructuras que representan la cristalización de los procesos ya acabados.

El debate teórico y la investigación empírica o hermenéutica reflejarían en parte ese imperativo de ver en la oscuridad, pero hay algo más; la política como toda ciencia se comunica mediante las palabras, los símbolos, las representaciones, los vocabularios; además, la acción de los sujetos en el mundo público es ante todo un proceso comunicativo mediante el cual gobernantes y gobernados expresan sus proyectos, sus demandas, sus argumentos de validez y legitimación, sus propósitos, sus disputas y consensos, pues la acción política no puede renunciar a la necesidad de convencer y persuadir a los públicos para que éstos actúen en consecuencia; de allí que la ciencia política se debata también en el engañoso mundo de la polisemia de las palabras y los conceptos.

Esto quiere decir que no es suficiente el conocimiento de grandes paradigmas y métodos probados de investigación; se requiere también vérselas con los lenguajes políticos, entendidos como precipitados culturales de varias teorías afines, con las metáforas, con los relatos y las narraciones que convocan a la acción, con las retóricas y las poéticas mediante las cuales los sujetos de la política divulgan sus proyectos con el propósito de convencer o conmover a los auditorios; si el ágora estuvo en el origen de la política, si su sentido fue el de llenarse de palabras,

éstas no serán solamente una manera de entenderse sino también un objeto de preocupación de la ciencia política.

No se trata solo de indagar por lo que se dice, por la traducción inmediata de su sentido transparente, sino cómo se dice, cómo se argumenta y se rebate al contradictor, de qué recursos semánticos se vale quien habla, cómo configura su discurso, qué menciona y qué calla, qué recuerda, qué intenta mantener en el olvido y qué imagina para un futuro promisorio: si la política como dice Hannah Arendt es acción y discurso, praxis y lexis, tendríamos que concluir que la política navega por entre las palabras, que éstas son parte significativa de su esencia, que ella se hace con esos materiales y que las palabras no son meros adornos estilísticos de los discursos, sino estructuras penetrantes que pueden torcer el curso de la historia, trastocar los órdenes existentes, darles vida a las utopías más fabulosas, sepultar verdades consideradas como eternas o sacar a la luz, al espacio público, y dar a conocer aquello que permanecía oculto y olvidado.

Si la política es discurso, también es práctica social, y las prácticas no se desenvuelven en el vacío, no escriben su lógica en una hoja en blanco, no están guiadas únicamente por la elección racional; por el contrario, se desenvuelven en espacios específicos, históricamente construidos, culturalmente significados, políticamente apropiados, con formas tradicionales de pensar y hacer política, de relacionarse con los otros, de resistir o combatir, de hablar o de derramar la sangre del enemigo; de allí que las

***En fin, se ha caminado mucho en los contenidos de la ciencia política, en la definición sobre sus alcances y posibilidades, en sus retóricas, en sus temáticas y sus formas de medición y análisis, pero lo que pretendo rescatar acá es que el mito de la caverna de alguna manera es una invitación a la ciencia de la política, pues traza un primer esquema de conocimiento y le otorga un sentido práctico y referido a la realidad, al quehacer de quienes incursionan por estos terrenos.*** 

**Más** que el mito de la caverna, este texto debería llamarse el mito del viaje, el imperativo de ir por las ideas y traerlas para transformar el magma y el caos de la vida social en un orden predecible, que garantice regularidades, permanencias, estabildades, minimizando las contingencias y señalando derroteros a seguir para conquistar la óptima república o, si se quiere, el buen orden soportado en la justicia, la verdad y la sabiduría //

prácticas políticas en particular estén inmersas en ese magma de lo que llamamos cultura, signadas y en cierta medida orientadas por la conciencia y la memoria histórica y afectadas de diversa manera por los microprocesos locales, pero también por los macroprocesos mundiales.

Por toda esta complejidad es que lo político no puede identificarse con un objeto real en particular, sino que constituye un campo problemático, que carece de fronteras precisas, pues estas se amplían o se restringen de acuerdo con las prácticas y las acciones discursivas de los actores en competencia, y siempre existirá un terreno indefinido, una zona gris susceptible de incorporarse o excluirse del ámbito de los análisis políticos, constituida precisamente por aquello que no se ve desde el centro de la polis, desde las estructuras cristalizadas, desde lo reglamentado por las leyes pero que pugna por ser reconocido y estudiado en la medida en que sea posible politizarlo; es decir, en la medida en que sea susceptible de ser transformado por medio de prácticas y acciones políticas desarrolladas en ese campo que definimos como problemático.

Las fronteras y los límites entre lo público y lo privado, que fueron tan nítidas para Platón, han dejado de serlo precisamente por esa capacidad de los sujetos para politizar sus acciones y articular demandas específicas en espera de reconocimiento colectivo; de allí que con más frecuencia de lo aceptado aquello que era oscuro, privado e incommunicable se vuelva público, que lo que se ocultaba en las alcobas se ventile ahora en la plaza pública; es lo que ha pasado con los movimientos feminis-

tas y homosexuales; que lo que circulaba por las calles y las tertulias de las esquinas se trate ahora en asambleas con capacidad decisoria, como sucede con los diversos movimientos sociales y lo que acontecía en los barrios de las grandes ciudades o en las veredas campesinas; en fin, en el llamado mundo de la necesidad, llegue hasta el ágora de la democracia para volverse público y para que estos nuevos sujetos de la política, los movimientos sociales, interactúen con otros que de vieja data ocupan esos espacios como los partidos políticos.

Pero también esa politización puede ser llevada en dirección contraria, de manera que las experiencias suscitadas en espacios más públicos se interioricen en otros más privados; la interiorización individual de las normas es un ejemplo bien conocido, pero también podría hablarse de la tolerancia, el respeto y el reconocimiento de las diferencias, entendidas como virtudes públicas pero susceptibles de ser practicadas también en los mundos de lo doméstico, en los espacios privados ocultos al escrutinio de los colectivos, pero donde se desarrolla buena parte de la vida de los sujetos sociales.

Ese campo problemático de la política se define y redefine de acuerdo con las situaciones en las cuales se mueven los actores sociales, sus confrontaciones y alianzas, la competencia de sus proyectos, las iniciativas que impulsan o las acciones que impidan; surge entonces como evidente que el pensamiento político no puede solo estructurarse en el plano de la abstracción, donde las ideas alcanzan su mayor consistencia y coherencia; por el contrario, el imperativo de ver en la oscuridad parecien-

ra sugerir que nos debemos situar en una realidad abigarrada de hechos, sucesos, palabras, propósitos y acciones difíciles de organizar en esquemas coherentes; realidad en gran medida impredecible en la que lo necesario, lo casual, lo posible y lo utópico se entremezclan, presentándole a la ciencia política retos nuevos y redefiniendo sus mapas conceptuales y sus fronteras disciplinares.

Quiero entender que ese mandato de Platón a los que regresan al mundo oscuro de la caverna no se limita, como parece sugerirlo el mito, a enseñarles a los hombres corrientes sobre la necesidad de la polis y de la adopción de leyes para lograr el buen orden y la óptima república; no sería solamente un mandato pedagógico o una exigencia de divulgación de una cierta cultura política pensada como la única posible para derrotar la oscuridad y el caos; se trataría más bien de una convocatoria a la acción política de los sujetos corrientes; a politizar sus demandas, a desarrollar prácticas colectivas tendientes a modificar los entornos y los contextos históricos y culturales en los cuales desenvuelven su quehacer y a modificarse ellos mismos en ese encontrarse cotidiano con la pluralidad de actores, órdenes, ideas, propósitos y proyectos distintos.

Si los diferentes perfiles de lo social e individual son susceptibles de ser politizados, eso querría decir que la ciencia política tendría temas propios que por tradición le corresponderían, estatutos epistemológicos que le habrían abierto las puertas de la ciencia, metodologías y técnicas probadas, pero no temas vedados; si es verdadero el aserto sobre la posibilidad de politizar aspectos muy distintos de la vida social, esto significaría que no podríamos aspirar a contar con un mapa definitivo y con coordenadas precisas sobre la ciencia política, pues el quehacer de esta disciplina no se refiere a seres inertes que están allí para ser observados sino al universo de las acciones, las voluntades de los

sujetos, los discursos, la polisemia de las palabras, las culturas, las historias; en fin, a los procesos de cambio y transformación de los cuales este saber tiene que dar cuenta.

Para lograrlo es necesario mantener el espíritu crítico, el permanente debate sobre sus paradigmas, metodologías, lenguajes y técnicas de investigación, el horizonte investigativo abierto, hacer las preguntas cada vez más precisas, entender que las verdades son solo provisionales y en permanente competencia con otras verdades y, sobre todo, aceptar con humildad ese imperativo que acompañó los orígenes remotos de la filosofía y la ciencia política, el de ver en la oscuridad.

El mito de la caverna, releído a la luz de esta invitación inaugural, más que orientaciones disciplinares o fundamentos epistemológicos, pretendió ofrecerles un panorama amplio y abierto de campos y espacios por los cuales puede transcurrir el quehacer académico que hoy inician y, más que eso, la intención fue la de compartir con ustedes la pasión por el conocimiento y por los temas de la política; el interés por una disciplina cuyos aportes han sido de gran significación pero que todavía tiene muchos mundos por descubrir. Quería contarles también sobre la emoción que palpita detrás de los hallazgos y los aprendizajes que se van haciendo en esa travesía por el desierto y, sobre todo, alertarlos sobre la responsabilidad política que adquieren los estudiosos de estos temas en una universidad pública como la Universidad de Antioquia, comprometida con los propósitos de comprensión y mejoramiento de la sociedad en la cual ella está inscrita.

Así, desde un espíritu crítico, secularizado y autónomo, el Instituto de Estudios Políticos y la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, les dan la bienvenida y quieren invitarlos al disfrute del conocimiento, pero sobre todo a involucrarse con el interés práctico y emancipatorio de la transformación de lo social.

\*Texto de la conferencia inaugural que dio la maestra María Teresa Uribe de Hincapié al iniciar labores académicas el pregrado de Ciencia Política de la Uni-

versidad de Antioquia. Fue publicada en un libro editado por la Universidad Eafit y el Instituto de Estudios Políticos, y por la Agenda Cultural en 2012.

#### Notas

1. Platón, *La República*. Madrid. Centro de estudios constitucionales, 1997. Parte 1.
2. Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona. Edi-

ciones Seix Barral, 1974. P. 57

3. Bermudo, José Manuel. *Filosofía política. Luces y sombras de la ciudad*. Barcelona. Ediciones Seix Barral, 2001. P. 23